

AGRADECIMIENTO

Padre Pedro José Ynaraja

Nuestra llamada cultura cristiana occidental, hace tiempo que perdió la virtud de la hospitalidad. Lo repito hasta la saciedad, pero no lo olvidaré tampoco hoy. Reconozco que, si de repente, en todas las residencias familiares, llámeselas pisos o casas, hubiera un cuarto de huéspedes y, los que dispusieran de garaje, junto a su plaza, tuvieran otra para ser utilizada por el invitado, el PIB sufriría graves trastornos, de aquí que nadie reclame a los fieles de la Iglesia que practiquen esta virtud, además a su carencia le falta el morbo al que se siente tanto atractivo hoy. O tal vez sea la misma clerecía, la que, con la exigencia de pagar entrada en los recintos sagrados, den mal ejemplo. Recuérdense que por ello, tal vez algún día, se les diga que con tal comportamiento, no alojaron a ángeles (He 13,2). Si ni siquiera se es fiel a la hospitalidad espiritual, no se espere que los cristianos de a pie practiquen la otra.

Paso a otra carencia. Se pierde a velocidades galopantes, el sentido del agradecimiento. Y tampoco esto es moco de pavo. Lo reclama San Pablo a los Colosenses cuando les dice explícitamente: sed agradecidos (3,15).

Empecé a ser consciente de esta lenta desaparición de la tal virtud, el día que una amiga, misionera y médico, recién llegada al subcontinente asiático, repleta de ilusión y desconocedora del idioma local, se enteró de que una mujer se desangraba y requería de inmediato una transfusión sanguínea. Se ofreció generosamente, como expresión inicial de sus ansias misioneras. Visitó posteriormente a la enferma y le extrañó que no le diera las gracias. Lo comentó con sus compañeras y estas le contestaron que el agradecimiento no era cosa propia de aquella cultura. Esta anécdota fue el inicio.

Vuelvo con otro ejemplo. Nuestra Caritas causa asombro en muchos de nuestros inmigrantes, que reconocen que en sus lugares de origen y en las orientaciones religiosas que han recibido, no existe nada semejante. Lamentablemente, y con frecuencia, solo se asombran, porque el sentimiento de agradecimiento, les es desconocido. Vuelvo a recordar que ser agradecidos es un mandamiento que la Revelación manda y que no es ningún lujo practicarlos, sino simple obligación.

Si yo afirmo que nunca me he drogado, que he sido fiel al celibato y que cumplo con mi ministerio sacerdotal correctamente, pero que en ciertas ocasiones no he sido agradecido, no he contestado las cartas que debía, no he sonreído a una dádiva reconociendo la generosidad de que era objeto y expresando mi reconocimiento y que lamento no poder corregirme, pues, a quien debía haber dado las gracias ya ha muerto, o desconozco su paradero, seguramente, a este arrepentimiento mío, no se le dará importancia, pero yo no lo considero así.

Confieso que me acuerdo muchas veces de esas personas en mis oraciones y le digo a Dios: ya que no he sabido agradecerse, concédele Tú, tu Gracia.

Examinemos la cuestión desde otro ángulo. Existía la costumbre en muchos ámbitos de dar propina. La tal cosa va desapareciendo, y no seré yo quien lo condene. En unos casos resultaba humillante y en otros era consecuencia de que ciertos empresarios pagaban menos de lo justo a su empleado, pues, se estaba seguro de que se sacaría un buen sobresueldo con las propinas. Pero tenían una cierta dosis de generosidad. Anulada esta, algunos pierden la oportunidad de ser generosos y se encierran en su egoísmo.

Padre Pedro José Ynaraja